

JUAN GOSSAÍN SEGÚN HOWARD GARDNER
(AUNQUE AMBOS LO IGNOREN)
Alberto Martínez
Oscar Mauricio Durán

ALBERTO MARTÍNEZ

COMUNICADOR SOCIAL CON FORMACIÓN EN ECONOMÍA Y EXPERIENCIA PERIODÍSTICA EN LOS DIARIOS *EL TIEMPO-PORTAFOLIO*, *LA REPÚBLICA*, *EL ESPECTADOR* Y *EL UNIVERSAL*, ENTRE OTROS. PROFESOR INVESTIGADOR Y CANDIDATO A MAGÍSTER EN EDUCACIÓN, UNIVERSIDAD DEL NORTE, BARRANQUILLA (COLOMBIA).

amartinez@uninorte.edu.co

Dirección: Universidad del Norte, A.A. 1569,
Barranquilla (Colombia)

OSCAR MAURICIO DURÁN

COMUNICADOR SOCIAL Y PERIODISTA, DOCUMENTALISTA, GUIONISTA, PRODUCTOR Y CRÍTICO DE CINE Y TELEVISIÓN. PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD JORGE TADEO LOZANO SECCIONAL DEL CARIBE, CARTAGENA (COLOMBIA) Y DIRECTOR DEL OBSERVATORIO DE MEDIOS DE ESTA ÚLTIMA UNIVERSIDAD. CANDIDATO A MAGÍSTER EN EDUCACIÓN, UNIVERSIDAD DEL NORTE, BARRANQUILLA (COLOMBIA).

oscar.duran@utadeo.edu.co

RESUMEN

El siguiente texto recoge el avance preliminar de la tesis de maestría sobre las excepcionalidades del comunicador Juan Gossaín Abdala, que desde la mirada cognitiva del psicólogo Howard Gardner, autor de la teoría de las inteligencias múltiples, intenta hacer sugerencias para la construcción de un modelo de formación en periodismo que respete la libertad creativa de los nuevos informadores, abandone los esquemas que operacionalizan la información y valore los talentos individuales de apropiación de los educandos.

PALABRAS CLAVE: Excepcionalidad, libertad, periodismo, estructura, inteligencias múltiples.

ABSTRACT

This master course progress report thesis outlines Juan Gossains Abdalas' excellent features life. From Howard Gardner's view, the author of the Multiple Intelligences , this features try to make some suggestions with the purpose of forming a journalist model that can be a good example for the respect of the new journalist inventiveness and can be helpful to abandon the schemes t which manipulate the information and value the learners' intelligence.

KEY WORDS: *Exceptionality, freedom, journalism, structure, multiple intelligences.*

INTRODUCCIÓN

Cuenta el escritor Gabriel García Márquez (1996) que en sus primeros días el periodismo en Colombia «se aprendía en las salas de redacción, en los talleres de imprenta, en el cafetín de enfrente, en las parrandas de los viernes. Todo el periódico era una fábrica que formaba e informaba sin equívocos... Los periodistas éramos tan fanáticos del oficio que no hablábamos de nada distinto que del oficio mismo... Los que no aprendían en aquellas cátedras ambulatorias y apasionadas de veinticuatro horas diarias, o los que se aburrían de tanto hablar de lo mismo, era porque querían o creían ser periodistas, pero en realidad no lo eran».

Las facultades de Comunicación se masificarían sólo a principios de los años setenta, cuando una película protagonizada por Robert Redford mostró al mundo la caída del presidente norteamericano Richard Nixon, tras la serie de publicaciones del periódico *The Washington Post* sobre las conexiones de la Casa Blanca con el espionaje de la campaña electoral del Partido Demócrata. Los latinoamericanos, según el analista Daniel Samper Pizano (1998), «quisimos ser periodistas para parecerlos, más que a los periodistas del Watergate, a Robert Redford».

Con las escuelas llegaron las dimensiones formales del oficio y la mirada trascendente de la comunicación. De la misma manera, los esquemas de formación. Frente a una audiencia por naturaleza enemistada con la rigidez y emparentada con el libre pensamiento, los educadores parecen empeñados desde entonces en enseñar y evaluar de manera estandarizada, con modelos que cuadrículan al estudiante y lo obligan a pensar de una sola forma. No por otra cosa los Exámenes de Calidad de la Educación Superior (Ecaes), que se aplicaron para comunicación e información durante los años 2004 y 2005, habrían formulado preguntas cerradas y uniformes.

En la práctica, la clase estaría desconociendo la libertaria capacidad creativa de los individuos en formación, lo que significa ignorar el talante abierto, irreverente, libre y contestatario de los alumnos de periodismo.

Ello es problemático porque, a la luz de lo que ya parece un consenso teórico, la comunicación no es una ciencia exacta (apenas un campo transdisciplinar) que no precisa, como aquélla, de fórmulas específicas de construcción de conocimiento. Si lo fuera, habría que aceptar que la información es un fenómeno observable, medible y cuantificable. Lo otro es que el periodismo es una actividad masiva, fundamentada en el hombre, que se debe, entonces, a la sensibilidad frente a las historias y la calidez de los relatos, lo cual no se consigue propiamente con estructuras dictaminadas por textos convencionales y repetitivos, sino en la interacción de pares y de éstos con los hechos mismos. Es más: afanado en instruir sobre códigos comunes, el actual sistema educativo está apelando al lenguaje apenas como instrumento de transmisión y, por tanto, de la evaluación del buen trabajo, ignorando aparentemente que más que enseñar sobre el buen uso de la palabra hay que estimular a los educandos a cultivarla permanentemente como savia de la profesión.

El problema concierne inicialmente a la educación en comunicación y periodismo y, luego, a los actores sociales comprometidos (institución educativa, familia, docentes, estudiantes y agente de contexto), todos los cuales conforman un sistema que no diferenciaría estilos de aprendizaje y ni las diversas inteligencias o capacidades de los individuos.

Así las cosas, la problemática en la enseñanza de periodismo plantea una reformulación en los modelos. Para ello, los temas de la actividad creadora, las competencias en periodismo y las inteligencias múltiples, se convierten en núcleos vitales para empezar a recuperar la frescura de los primeros días de la formación, a la luz de una escuela abierta, flexible, contextualizada y personalizada. El objetivo es dar respuesta a varios interrogantes: ¿Cuáles son las competencias fundamentales de la actividad creadora en un periodista? ¿Cómo se desarrollan las competencias en las excepciones del comunicador? ¿Cuáles son las habilidades básicas o modulares propias de las competencias de un periodista?

ENTRE EL MÉTODO Y EL MARCO TEÓRICO: EN BUSCA DE UNA CIENCIA DE LA EXCEPCIONALIDAD

Las preguntas fueron recogidas por la investigación «Juan, el hijo de Juan: travesía por la mente excepcional de uno de los más destacado periodistas del Caribe colombiano desde la perspectiva cognitiva del psicólogo Howard Gardner», que bajo la dirección de la profesora María Amarís desarrollamos para la Maestría en Educación de la Universidad del Norte.

La tesis parte de una premisa básica: la de Juan, desde la perspectiva de Gardner, es una mente extraordinaria.

El método que seguimos es el mismo que usa el codirector del proyecto Cero de la Universidad de Harvard y autor de la teoría de las Inteligencias múltiples para estudiar la vida de personajes históricos. Para ello desarrollamos una investigación cualitativa, utilizando como estrategia metodológica la historia de vida. A partir de varias sesiones con Gossaín, que se iniciaron con una primera entrevista abierta, buscamos identificar las habilidades básicas o modulares propias de las competencias del periodista, para acercarnos a lo que podría ser una propuesta de enseñanza–aprendizaje que permita un mejor aprovechamiento de las potencialidades cognitivas de los estudiantes de periodismo.

En *Mentes Creativas* (1995) y posteriormente en *Mentes Extraordinarias* (2000), Gardner había propuesto construir un puente que ligara los dominios separados de las líneas ideográfica y nomotética del trabajo sobre la creatividad y estableciera diferenciaciones claras entre ésta y la inteligencia. En el primero de sus textos, por ejemplo, examina las vidas creativas de siete individuos que vivieron alrededor de 1900, deliberadamente sacadas de dominios dispares de realización. Se trata de siete maestros creativos de la era moderna: el neurólogo y sicólogo Sigmund Freud, el físico Albert Einstein, el pintor Pablo Picasso, el músico Igor Stravinsky, el poeta T. S. Eliot, la bailarina Martha Graham y el líder político y espiritual Mahatma Gandhi. Estos siete maestros cubren con sus obras y realizaciones el medio siglo que va desde 1885 a 1935, perio-

do en el cual se dieron cambios decisivos que configuraron la era moderna, a partir de la identificación de capacidades intelectuales, personalidad y logros creativos, tanto en el escenario social y el clima intelectual en que vivieron como las influencias culturales a que estuvieron sometidos.

De la particularización a la generalización, esas investigaciones buscaban modelos que permitieran revelar semejanzas y diferencias orientadoras, de manera que al final Gardner (1995) se arriesga a aventurar una conclusión sobre la naturaleza creativa: pese a la existencia de un conjunto de rasgos comunes, no existe un único tipo de creatividad. «Cada creador merece vidas y vidas de estudio».

En ese sentido Gardner (2000) intenta romper con el paradigma de las ciencias naturales y del comportamiento que, según dice, «se han interesado más en los patrones que puedan detectarse en la mayoría de nosotros que en las regularidades que pueden distinguir a alguno individuos de otros». El mismo sistema educativo –agrega– dedica incomparablemente más recursos a los que tienen problemas de aprendizaje que a aquellas personas que están dotadas de talentos especiales. Cuando mucho, los científicos se detienen en las hazañas de unas cuantas personas y se ciegan a los logros de quienes no son tan conocidos. Y «con toda probabilidad, por cada William Butler Yeats o Mari Curie que se hacen un hueco en las enciclopedias, existen personas de potencial equivalente –y tal vez incluso de logros significativos– que, por una razón u otra, permanecen anónimos». Son personas que aprenden fácilmente varias lenguas, reconocen centenares de personas con sólo mirarlas a la cara, recuerdan con precisión acontecimientos del pasado, memorizan una serie innumerable de dígitos... El asunto es que en todas las épocas «(apenas) un minúsculo porcentaje de individuos sobresale en virtud de sus logros creativos».

Al criticar, pues, que las personas extraordinarias no hayan ocupado el interés de la investigación, el psicólogo (1995) sienta las bases de lo que sospecha podría ser justamente «una ciencia de la excepcionalidad». Y ¿cómo es esta ciencia? De entrada, el

investigador propone lo que no debería ser: «No puede perseguir la hipótesis de la existencia del “Escila de miembros aparte” –la convicción de que las personas extraordinarias son especies aparte–, lo cual es inexplicable mediante las leyes normales de comportamiento, pensamiento y acción. Pero, al mismo tiempo, no puede aceptar sin reservas el “Caribdis de la indistinguibilidad” –la creencia de que las personas extraordinarias no son distinguibles del resto en algún aspecto concreto–». De otra forma, las personas extraordinarias «están hechas de las mismas piezas que los demás; pero, una vez formadas, ya no permanecen anónimas en medio del proverbial ‘hombre –o mujer– de la calle’». Pues ninguna línea divisoria absoluta separa lo ordinario de lo extraordinario.

Para detectar los talentos propone un método aparentemente sencillo: *leer todo lo que sea posible sobre sus vidas, estudiar sus obras y entrevistar a las personas que le conocieron. Y hecho todo eso, reflexionar sobre la creatividad, la inteligencia, el liderazgo y otras características que podrían constituir las mentes extraordinarias.*

Al valorar los rasgos que lo muestran (según los índices de audiencia, los premios recibidos, las valoraciones cualitativas de su obra) como un periodista con cualidades excepcionales, eso es lo que hemos hecho con Juan Gossaín Abdala. Después de entrevistarlo en varios momentos, dialogar con amigos, familiares y colegas y revisar cuidadosamente su trabajo, hemos puesto en perspectiva las características de su creatividad y de su inteligencia. Como Gardner, hemos emprendido tres tareas de observación:

1. Explicar el crecimiento personal y profesional que ha experimentado a lo largo de su vida el periodista Juan Gossaín;
2. Buscar los factores que relacionan lo ordinario y lo extraordinario de este consagrado escritor costeño;
3. Hallar comprensiones profundas, en la vida y en la obra de nuestro personaje, que podrían enseñar a los jóvenes periodistas a tener una vida más productiva y satisfactoria.

Porque la idea es encontrar, como lo hizo el autor con Freud, Wolf, Gandhi y Mozart, las experiencias de vida que puedan servir de lección para las nuevas generaciones del periodismo, confirmando el fundamento según el cual la excepcionalidad nunca es propiedad de una única persona u obra.

La primera ruta, entonces, la indica el mismo estudio de la excepcionalidad, al sugerir el seguimiento cuidadoso a las personas extraordinarias. Los pioneros de este método fueron Howard Gruber, que se centró en individuos extraordinarios aislados, y Dean Keith Simonton, que intentó encontrar leyes generales sobre la excepcionalidad. En *Mentes extraordinarias* Gardner reconoce, además, la influencia que ejerce sobre su obra la visión sistémica de Mihaly Csikszentmihalyi, quien propone examinar la interacción de tres elementos: El individuo mismo, con sus talentos y metas; el ámbito particular o disciplina que ha escogió la persona para trabajar, y el campo, constituido por la serie de personas e instituciones que emiten juicios sobre la calidad de la obra. Sólo cuando consideramos la persona a la luz del ámbito de la obra, por una parte, y del campo de los jueces, por otra, somos capaces de hacer un juicio fiable de la excepcionalidad —o de la no excepcionalidad— de las contribuciones de una persona.

Amén de su perspectiva de inteligencias múltiples, en las que evidentemente muestra que la valoración no puede seguir limitada a las capacidades lógico-matemáticas y lingüísticas (porque hay al menos 8 más), Gardner (1998) utiliza, pues, una aproximación conceptual a la creatividad que denomina «perspectiva interactiva», la cual presupone la descripción cuidadosa de casos individuales y la creación de taxonomías (método de clasificación) basadas en dichos casos.

Las unidades en que se basa el análisis, a su vez, son personas, objetos físicos no humanos y entidades simbólicas, y los procesos, los mismos del desarrollo humano. Gardner (1998) los describe literalmente:

Las personas. Todos nosotros somos personas: entidades que existimos en el mundo natural, poseemos una determinada aparien-

cia y experiencia, sentimientos, deseos y necesidades concretas. Las personas mantienen toda clase de relaciones entre sí –se desean unas a otras, se temen, buscan comunicarse entre sí– y se frustran cuando esta comunicación no es efectiva. En nuestro caso hay ya un perfil del personaje, con hallazgos sorprendentes, inclusive para él mismo, que deberá revisar tal como lo demanda la investigación cualitativa.

Los objetos (físicos no humanos). «Las personas estamos rodeadas por un sinnúmero de entidades: objetos simples de guardería como biberones y muñecas; objetos naturales complejos como elefantes, abejorros y árboles de hojas perennes; también hay objetos artificiales e intrincados, como caballitos de madera y CD-ROM».

Las entidades simbólicas. «Los seres humanos tenemos la cualidad peculiar de que nos gusta crear símbolos y darles sentido: palabras, gestos, imágenes, números y otros muchos signos que se refieren a objetos físicos y naturales. (Es en esta peculiaridad, más que en ninguna otra, por la que nos diferenciamos de los animales no humanos). A veces, estos símbolos son materiales, como en el caso de los mapas. En otras ocasiones, se trata de algo más etéreo, como en el caso del lenguaje hablado o de las operaciones matemáticas que se llevan a cabo dentro de la cabeza».

Los procesos evolutivos. «Desde el momento de la concepción, el embrión se ve afectado por las condiciones fisiológicas del útero y, en adelante, los hechos particulares de un entorno concreto ejercen un efecto profundo en lo que el organismo deviene. La persona tampoco es una hoja en blanco; los seres humanos venimos equipados no sólo con finos sistemas sensoriales y capacidades para percibir a través de los sentidos, sino también con fuertes inclinaciones para centrarnos en determinadas experiencias, extraer determinadas inferencias y atravesar determinadas fases cognitivas, afectivas y fisiológicas».

Pero las personas extraordinarias se diferencian enormemente entre sí, y también de las personas ordinarias, según el grado en que acentúen una relación concreta. Pertrechado en ese marco conceptual, Gardner (2000) aborda cuatro tipos de excepcionalidad:

1. **El maestro.** *Persona que adquiere una maestría total sobre uno o más ámbitos de realización, con logros innovadores dentro de una práctica establecida. En el caso de Mozart, por ejemplo, la maestría en la composición musical de su época fue tan completa como pueda imaginarse. Mary Ann Evans (Georges Eliot) fue maestra de la novela inglesa en el siglo XIX, y Rembrandt, maestro del retrato holandés en el siglo XVII. A la lista habría que agregar personajes como Miguel de Cervantes Saavedra, en España, o Gabriel García Márquez, en Colombia.*
2. **El creador.** *Un individuo que puede haber dominado los ámbitos existentes, pero dedica sus energías a la creación de un nuevo ámbito. Freud, por ejemplo, creó el psicoanálisis. Creadores fueron también Charlie Chaplin y John Lennon, en la cultura. Darwin —otro ejemplo— creó el ámbito del estudio evolutivo de la biología. Cómo no hablar aquí de Albert Einstein...*
3. **El introspectivo.** *El principal interés de este tipo de personas es la exploración de su propia vida interna: las experiencias diarias, las necesidades potenciales y los miedos, la acción de la conciencia, tanto de la persona concreta como de las personas en general. Virginia Wolf dejó abundantes huellas de sus introspecciones en sus novelas, ensayos, diarios y cartas. Otros introspectivos notables son los novelistas Marcel Proust y James Joyce.*
4. **El influenciador.** *Una persona de estas características tiene como principal objetivo influenciar a los demás. Gandhi ejerció influencia a través del liderazgo de diversos movimientos políticos y sociales, mediante su poderoso ejemplo personal y, menos directamente, por medio de sus escritos autobiográficos y exhortativos. Karl Marx y Maquiavelo, en la política, influenciaron decididamente a sus huestes, como lo hicieron también Adam Smith y Milton Friedman.*

GARDNER Y EL PERIODISMO:

LA EXCEPCIONALIDAD EN EL CAMPO DE LA INFORMACIÓN

Ahora bien: ¿cómo se observan esas excepciones en el periodismo? Mihaly Csikszentmihalyi, William Damon y Howard Gardner (2005) reflexionan sobre ello en un estudio paralelo entre periodismo y genética, que tienen en común el dominio del discurso público en el siglo XXI, por el trazado del genoma humano, de un lado, y el *boom* de la información virtual y la recomposición de la estructura accionaria de las empresas mediáticas, del otro. De la investigación, que los llevó a realizar cerca de 100 entrevistas a reconocidos periodistas de Estados Unidos, entre los que se encontraban, por ejemplo, Bob Woodward y Carl Bernstein, los comunicadores que derrocaron al presidente Richard Nixon, y Ben Bradley, el editor del periódico *The Washington Post*, que publicó los informes, derivaron la siguiente conclusión: la mayor parte de la población mundial valora más la realidad que muestran los medios que la que se conoce de primera mano, es decir, los medios son determinantes destacados de lo que las personas atienden y de cómo ellas interpretan y experimentan el mundo.

«Quienes trabajan en la industria de la información –dijeron– tienen la especial responsabilidad de preservar, proteger, nutrir el patrimonio informativo de unas personas que en gran medida han crecido dependiendo de ellos para el sustento intelectual y social». O como lo dicen Gardner y sus compañeros de autoría (2005): «según la calidad de la información que ofrezcan, los medios mejoran o adulteran los memes en los que confiamos a diario y que transmitimos a generaciones futuras. ¿Qué le ocurrirá a nuestras mentes y nuestra cultura –preguntan– si nuestros memes más esenciales se contaminan con diversos virus de falsas informaciones?»

El asunto es que frente a la evolución de los medios y sus responsabilidades sociales, el periodista debe hacer gala de riqueza y actitud morales, de independencia irreductible y de libertad creativa. En esto, al menos, coinciden las reflexiones de los teóricos

nacionales y extranjeros. En *El buen trabajo*, en efecto, Gardner, Damon y Csikszentmihalyi dicen (2005): «...más que limitarse a buscar únicamente el dinero o la fama, o decidirse por el camino que ofrezca en caso de conflicto, son personas que consideran sus responsabilidades y las consecuencias de su trabajo. En el mejor de los casos, procuran actuar de forma responsable en lo referente a sus metas personales; a su familia, sus amigos, compañeros y colegas; a su misión o vocación; a las instituciones a las que pertenecen; y, por último, al mundo en general, a las personas que no conocen, a los que les seguirán y, en un sentido mucho más amplio, al planeta o Dios».

En este sentido, *El buen trabajo* aventura una clasificación de los periodistas:

- Los que luchan por preservar la misión de su profesión, «sea obstinadamente en las trincheras o de forma brillante y creativa en las posiciones más elevadas del campo».
- Los de menos éxito, «que se resignan a la conveniencia y a la mediocridad».
- Los que sucumben ante profesiones ilegítimas y tentaciones y a los que se expulsa del campo tras escándalos descarados y acaban con toda una carrera profesional. «Estos son los auténticos desastres».

La tesis no se circunscribe, sin embargo, sólo a la actitud personal de los periodistas. La investigación permitió identificar otras fuentes de descomposición, como la tecnología avasallante, el poder de los medios, la competencia de los canales informativos y el siempre afán de manipulación de las fuentes informativas. En este sentido recogen con énfasis la preocupación de muchos periodistas por la fusión de los medios en megalitos empresariales, que terminan subrogando la ética a «los intereses de un inmenso conglomerado empresarial», y de contera, por las fricciones entre la empresa y los encargados de buscar y transmitir la información.

«La propiedad corporativa ha consolidado a los medios informativos como unas inmensas empresas que pueden incluir a otras industrias diversas, muchas veces sin relación alguna con la información», dicen. Es muy posible que el jefe de la corporación sienta mayor interés por unos productos de consumo –inferen, desde esta perspectiva– que por historias informativas. Y cuando la sala de redacción se convierte en un centro comercial de una estructura empresarial compleja, progresivamente se va evaluando desde una perspectiva económica, puntualizan. No por otra cosa Harold Evans, director, primero de *London Times* y después de *New Cork Daily News*, sostuvo que «el problema al que se enfrentan muchas organizaciones no es seguir en el negocio sino seguir en el periodismo».

Lo cierto es con el cambio en la escala de valores, los directores legendarios, iconoclastas y a veces cascarrabias dejaron de ser los superegos de la sala de redacción que imponían los estándares de la información, de manera desinteresada, para integrarse firmemente a la jerarquía de las empresas y responsabilizarse directamente de los asuntos económicos del periódico, que los compensa con sueldos de ejecutivos y pluses considerables.

Por su parte, los editores, que eran guardabarreras naturales del estilo, la claridad, el enfoque adecuados, hacen también parte del engranaje comercial y, como tal, se sienten inclinados más hacia el entretenimiento que hacia la investigación seria, pues las fantásticas técnicas de video –lo cual le atribuye a la televisión un nuevo factor de degeneración– han llevado a los productores a renunciar al esfuerzo reflexivo que se requiere para preparar unas presentaciones cuidadas y sólidas.

Hoy, una historia extranjera en la que no haya bombas, desastres naturales o calamidades económicas tiene pocas probabilidades de entrar en la conciencia de los norteamericanos (Meter Arnett, corresponsal de CNN, citado por los autores). Pues las bombas, los desastres y las calamidades hacen parte de la agenda vendedora de los medios.

El público, por su parte, parece haber perdido la capacidad de entender una cobertura informativa seria y, por ejemplo, presta más atención a la entrevista televisada con Mónica Lewinsky que a los análisis sobre las implicaciones de la destitución del presidente de Estados Unidos. En consecuencia, «los periodistas se encuentran oprimidos entre dos grupos de interés codiciosos: el propósito exclusivo de la empresa de aumentar su participación en el mercado y una audiencia que prefiere el entretenimiento a las noticias «duras». Y la disyuntiva es la misma de la información: «No sabemos si va a prevalecer el periodismo de calidad o el sensacionalismo descarado».

Como se ve, la tesis de Gardner, Damon y Csikszentmihalyi (2005) se centra en el poder estratégico de la conciencia moral, que a la manera de un código mental cultivado o un código moral interior permite que el periodista se mantenga en el centro de la misión de buscar la verdad y en la distancia emocional respecto a los acontecimientos de los que informa. Estos códigos actúan como una voz interior cautelosa. «De este modo, puede evitar todos esos casos de errores desastrosos asociados con los actos de omisión, es decir, los casos de connivencia con una tendencia que pueda corromper».

Pero en «Juan, el hijo de Juan» descubrimos que amén de una sólida estructura ética, un buen periodista debe esgrimir capacidades que se construyen en escenarios variados.

CONCLUSIONES:

LA EXCEPCIONALIDAD DE GOSSAÍN Y LOS DESAFÍOS DE LA ACADEMIA

La historia de vida de Juan Gossaín revela que publicó su primera gran nota periodística en el diario *El Espectador* cuando ni siquiera sabía lo que escribía. Acababa de regresar a San Bernardo del Viento después de ocho años de internado en el colegio La Esperanza de la ciudad de Cartagena, donde los profesores lo recuerdan como «lector consagrado y estudiante indisciplinado». San Bernardo del Viento tenía las limitaciones propias de una población olvidada por

el tiempo y los gobiernos, y el joven bachiller no tuvo más remedio que dedicarse a la administración de libros contables en el molino de arroz de unos parientes, más por hacer un oficio que cubriera parte del sostenimiento de la familia materna que por el placer de aquellas materias.

Los ratos libres, que eran los menos, se los dedicaba a la pequeña y destartalada máquina de escribir que había en la arrocera. Allí, en medio de los regaños de Antonio, el mayor de los primos —que le reclamaba por descuidar la contabilidad de la empresa— pudo redactar la historia que publicó *El Espectador*.

Era una carta con excelente estructura narrativa, pero sin ambiciones periodísticas. En el relato se informaba sobre la confusión que reinó en el pueblo porque a la plaza principal habían llegado unas cajas misteriosas con ciertas indicaciones en inglés que nadie entendía. Diccionario en mano, Juan se dedicó a traducirlas y descubrió que era un hospital prefabricado, donado por una piadosa misionera que había estado en aquel pueblo tan pobre. A sus 17 años no tenía idea de los géneros periodísticos, pero ya había fundado dos periódicos, sostenido dos radioperiódicos, servido de narrador y comentarista deportivo en Cartagena y los pueblos del Sinú y redactado un centenar de ensayos críticos sobre libros y películas de cartelera, todo, con un rigor que resultaba sorprendente para cada edad en que ocurrían.

Al responder a las diferentes categorías de la investigación, las unidades semánticas de esos textos dejan ver la riqueza del lenguaje, la distancia del narrador frente a la fuente de información y, por sobre todo, el irreductible tono crítico en los pasajes concernientes a la moral y las buenas costumbres, que se van acentuando en la medida en que sus escritos iniciales van evolucionando. De ello también dan fe las entrevistas semiestructuradas que evalúan la obra de Gossaín desde que enfrentaba a los políticos y terratenientes de San Bernardo del Viento y Lorica a través de un megáfono, hasta ahora que es un periodista con mayor acreditación pública.

En ese sentido, la investigación concluye que la narrativa de Gossaín se amolda a los rasgos de maestría, tal como lo precisa

Gardner (2000): Adquirir la maestría en el dominio, a través de la consulta y la verificación, la indagación persistente y el ofrecimiento innegociable de contexto, por ejemplo, conduce al periodista a prácticas de «segunda naturaleza» que ratifican su profesionalidad, en término de la reunión y transmisión de información objetiva, imparcial y completa y que a la postre le ayudan a seguir en la brecha cuando las circunstancias se ponen difíciles.

Un maestro, en este caso, no es sólo el que informa con precisión e, inclusive, llega a conquistar altos índices de audiencia, sino, por sobre todo, el que logra la credibilidad y el respeto de su público, que es, según Antonio José Caballero, Daniel Samper, José Salgar y Javier Ayala, entre otros colegas, el caso de Gossaín.

La maestría también se logra cuando se amplía el dominio mediante la innovación creativa, a través de lo cual las personas ponen en marcha nuevos formatos informativos, ensayan nuevas técnicas de descubrimiento o redefinen la naturaleza y el alcance del trabajo periodístico, como lo hicieron, por ejemplo, Norman Mailer, Tom Wolfe y Truman Capote en los años sesenta, en lo que finalmente se vino a llamar el Nuevo periodismo. O el mismo Juan Gossaín, que por sus crónicas en *El Espectador*, *Cromos* y *El Heraldo*, un comentarista bogotano escribió en los años setenta: «Juan Gossaín, el periodista que enderezó la pirámide invertida» (regla que se usa en las escuelas de periodismo para enseñar a los comunicadores a priorizar los datos), dando cuenta del estilo suelto que ahora primaba en los relatos.

Del trabajo también se desprende que Gossaín ha desarrollado un trabajo «excepcional en la literatura y el periodismo». Aun cuando ni la crítica —y en ocasiones ni él mismo— admiten un desarrollo sobresaliente al principio de su carrera, cada paso recorrido significaba, al fin de cuentas, una etapa de formación que parece moldear lo que es hoy. En este sentido, ni Alberto Salcedo ni Juan Manuel Ruiz, periodistas muy reconocidos por la crítica nacional, dudan de la frescura del relato literario de Gossaín y, mucho menos, del rigor estético y la calidez humana con que cuenta historias comunes que, de otra manera, pasarían desapercibidas. Salcedo,

varias veces premio nacional de periodismo, sostiene, inclusive, que los dos más grandes escritores del Caribe son Gabriel García Márquez y Juan Gossaín.

El mismo Gossaín da una pista en su *Confesión de Parte de Puro Cuento* (2004):

Estas fábulas, naturalmente son de mi propia inspiración, como suelen decir los compositores de boleros y los poetas mediocres, que a veces vienen siendo la misma cosa. Pero en cuanto a las anécdotas que dan origen a algunas de ellas, debo haberlas oído o leído en alguna parte, aunque ya no recuerdo dónde, ni por boca de quién, y de todas maneras quedaron modificadas por mi forma de narrarlas, mis tergiversaciones literarias, mis personajes y el universo que he creado para ellos. De resto, no estoy seguro ni de lo uno ni de lo otro. En consecuencia, todavía no sé si este libro es una obra mía, una antología de retazos ajenos o todo lo contrario. Lo más probable es que sea una extraña combinación de las tres. Mientras se aclara el galimatías, abí vamos, tirando de la carreta.

Pero como «nadie es exclusivamente un maestro o un influenciador», creemos que en el caso de Juan se repite la experiencia de Gardner con sus personajes: el nuestro tiene rasgos de los otros tipos. La voz de Juan, en efecto, marca una constante influencia sobre el público al que sirve, con informaciones equidistantes y comentarios sobrios, en tanto sus narraciones literarias, en la mayoría de los casos, son nociones de la vida familiar y pueblerina o del contacto con una realidad nacional a la que no puede renunciar y que tampoco puede prescindir de él (los índices de sintonía, que lo muestran en primer lugar durante 9 años consecutivos, así parecen demostrarlo).

La pregunta ahora es: ¿cómo se logra? La investigación sitúa a nuestro personaje en un escenario vocacional. El término latino *vocatio*, del que deriva, significa «llamada», y desde hace mucho tiempo existe la idea de que un buen trabajador es llamado por Dios a realizar una tarea específicamente establecida para él. Los autores

de *El buen trabajo* (2005) lo vuelven a enmascarar en el concepto psicológico de identidad moral, a partir de lo cual, «cuando una persona piensa en el yo, o en las ocupaciones del yo, en términos morales, experimenta un sentido de identidad moral. El periodista cuya mayor motivación es cumplir la misión moral del dominio periodístico actúa por un sentido de identidad moral. Es decir, si ha procurado hacer lo correcto, cumplir la misión de ofrecer al público una información veraz y útil, se podrá contemplar en el espejo y sentirse satisfecho de lo que vea en él».

Pero Gossaín tiene una inferencia concluyente: «El periodista nace y se hace», lo cual equivale a decir que no basta sólo con vocación: «conozco de mucha gente talentosa que desperdició su vida por falta de disciplina, y de mucha gente disciplinada que con apenas una dosis elemental de gracia intelectual ha sido sobresaliente».

Para escribir bien –agrega– hay que leer mucho; para ser autónomo hay que recordar siempre el origen; para ser sensible –condición fundamental del periodista– hay que estar en contacto permanente con la gente y sentirla de verdad; para ser un agente de cambio hay que entender, todos los días y a toda hora, que el periodista es un servidor público que administra derechos de las personas y que cada pequeño interés común que se defienda es un logro grande de la profesión. En este sentido, *El buen trabajo* trae una cita de Ben Bradley, por muchos años editor del *Washington Post*: «...Si mediante una información puedes convencer a un legislador o sencillamente a un lector o a un empresario de que esto está bien y esto otro no, ya has hecho del mundo un lugar un poco mejor».

¿Cuál, ahora, es el rol de la academia, si aparentemente va quedando demostrado que el periodista tiene más de sí y de su medio?

«No nos digamos mentiras –dice Gossaín, de entrada, para controvertir cualquier necesidad–: yo no estudié periodismo simplemente porque en esa época no había facultades de comunicación... sería muy torpe si me sintiera orgulloso de no haber estudiado».

Pero la academia, como parece desprenderse de la investigación, debe hacer al menos cuatro virajes en la formación de los periodistas:

1. Personalizar en lo posible la orientación, entendiendo que cada individuo es único, como lo es su manera de abordar el conocimiento. La propuesta no busca nada distinto que aplicar la hipótesis de Gardner, en el sentido de que un individuo puede tener dificultades para desarrollar un pensamiento matemático, pero a través de la música o las destrezas introspectivas puede hacer, inclusive, mejores apropiaciones de crecimiento.
2. Enfocar la educación en el aula hacia la libertaria capacidad creativa de los individuos, lo cual llevaría de paso a abandonar los esquemas rígidos que operacionalizan las estructuras informativas, que no son efectivas por el esquema sino por la manera como transmiten el contenido y logran las reacciones. Esto, necesariamente, llevaría a construir un sistema educativo que enfatice en los más disciplinados y en los más talentosos.
3. Entender, como sugiere Gardner en su ensayo educativo «Las cinco mentes del futuro», que la educación, intrínseca e inevitablemente, es una cuestión de valores éticos y objetivos humanos. No es posible ni siquiera empezar a desarrollar un nuevo sistema educativo en periodismo si al lado de las naturales aptitudes y conocimientos que se valoran no se tiene en cuenta la clase de personas que se van a formar.
4. Enseñar menos periodismo desde el periodismo. Los profesores de Gossaín sugieren a las escuelas lo mismo que le insinuaron al joven bachiller cuando lo veían extraviado en la biblioteca del colegio La Esperanza: vincular a la formación la determinante mirada de las humanidades, la literatura y

el idioma español. Estos referentes son los que hacen de los periodistas profesionales sólidos y trascendentes.

Lo otro es una lección para los propios educandos, acostumbrados como están a producir para el profesor o para una materia específica: Cuenta la anécdota que un muchacho fastidioso se acercó en varias ocasiones al escritor Julio Cortázar con el ruego de que le enseñara a escribir. Para quitárselo de encima, Cortázar le sugirió que se encerrara durante un año en una habitación sin escribir una sola sílaba. Al año el muchacho se lo encuentra y le da un parte de victoria. «Si duraste un año sin escribir –le dijo el escritor– tienes que dedicarte a otra cosa».

Gossaín empezó a escribir desde los 7 años. Escribía cartas de amor, hacía crucigramas, libreteaba obras de teatro, redactaba piezas de oratoria, corregía diccionarios, reelaboraba escritos periodísticos, contaba noticias en los intermedios de las películas... Escribía porque se lo pedían y porque se le antojaba. Escribía para el público y por el placer de escribir.

REFERENCIAS

- BISQUERRA, R. (1996). *Métodos de investigación educativa. Guía práctica*. Barcelona: Ceac.
- BUENDÍA, L. et al. (1999). *Métodos de análisis de la investigación educativa*. Sevilla: Alfar.
- CAMPBELL, D. & STANLEY, J. C. (1975). *Diseños experimentales y cuasi-experimentales en la investigación social*. Buenos Aires: Amorrortu.
- CARDONA MOLTÓ, M.C. (2002). *Introducción a los métodos de investigación en educación*. Madrid: Eos.
- COHEN, I. & MANION, I. (1990). *Métodos de investigación educativa*. Madrid: La Muralla.
- COLÁS, P. & BUENDÍA, I. (1994). *Investigación educativa*. Sevilla: Alfar.
- DENDALUCE, I. (1988). *Aspectos metodológicos de la investigación educativa*. Madrid: Narcea.
- GARCÍA M., G. (1996). *Discurso ante la 52ª Asamblea de la SIP*. Los Angeles, California.
- GARDNER, H. (1988). *The theory of multiple intelligences: educational implications, en lenguaje and the world of work en the 21ª century*. Massachusetts bureau of transitional bilingual education.
- GARDNER, H. (1991). The nature of intelligence, en A. Lewin. *How we think and learn* vol. 13 (1), 41-46). Washington: National Learning Center.
- GARDNER, H. (1993). The school and the work place of the future, *dinapsia: The International Brain Club Journal* (p. 22-26).

- GARDNER, H. (1994). *Estructura de la mente: la teoría de las múltiples inteligencias*. México: Fondo de Cultura Económica.
- GARDNER, H. (1998). *Inteligencias múltiples. La teoría en la práctica*. Barcelona, Buenos Aires, México: Paidós.
- GARDNER, H. (1999). *La inteligencia reformulada. Las inteligencias múltiples en el siglo XXI*. Barcelona, Buenos Aires, México: Paidós.
- GARDNER, H. (2000). *Mentes extraordinarias*. Barcelona: Kairos.
- GARDNER, H. (2002). *La nueva ciencia de la mente*. Barcelona, Buenos Aires: Paidós.
- GARDNER, H. (2004). *El arte y la ciencia de cambiar nuestra propia mente y la de los demás*. Barcelona: Paidós.
- GARDNER, H. (2005). *El buen trabajo*. Barcelona: Paidós.
- GARDNER, H. (2005). *Las cinco mentes del futuro*. Barcelona: Paidós.
- GOSSAÍN, J. (1985-1989). *La Mala Hierba, La Nostalgia del Alcatraz y Huracán*. Oveja Negra.
- GOSSAÍN, J. (2003). *La balada de María Abdala*. Norma.
- GOSSAÍN, J. (2004). *Puro Cuento*. Seix Barral.
- GOSSAÍN, J. *El Heraldito, El Espectador, El Universal, El Tiempo y El Colombiano*. Artículos y cuentos.
- GRIMSON, A. (2001). *Interculturalidad y Comunicación*. Norma.